

plado en medio del día la sombra del perfil agachado de los camellos dibujarse sobre el fondo del cielo, inmóvil como el perfil de las esfinges de piedra sobre la arena humeante de Egipto, ese jamás podrá darse cuenta del carácter del árabe pastor y del encanto que lo liga á su destino.

IX.

Las impresiones, y sensaciones diversas, el ruido, el silencio y los pensamientos del desierto vienen de tan lejos, que parecen venir del mismo infinito. Esa luz que cae en lluvia de fuego sobre las colinas ó sobre los llanos desnudos no ha reflejado sobre ningún techo de las ciudades ni es manchada por ningún humo de los hogares de los hombres. Durante el día nada se interpone entre el alma y su autor. Se siente la mano del Creador, invisible pero palpable, sobre su creación. Se espera á cada instante verle aparecer en medio de aquel mar de claridad que le encubre, ó en los límites de aquel horizonte tan vago que parece terminar en lo desconocido.

Durante la noche la mirada se pasea al través de sus estrellas, las sigue ó se adelanta á ellas en sus evoluciones, y asiste por decirlo así á ese mecanismo descubierto de los mundos, que es el acto de fe de los cielos.

La religión, acto de fe de la tierra, ha nacido de la astronomía en los desiertos de la Caldea. Las letras que componen el nombre divino son allí leídas en caracteres más resplandecientes y profundos sobre aquellas páginas del firmamento. La imaginación se alimenta de visiones y prestigios; las apariciones sobrenaturales, esas encarnaciones de la verdad en los sueños, se suceden allí desde el principio del mundo. El hombre oprimido por los misterios de piedad y de fe se apasiona allí por la única pasión digna de él, la pasión de lo infinito y de la eternidad.

Todos los grandes cultos han emanado de esas soledades desde el Dios astro, *foco* de los mundos de Zoroastro hasta el *Allak* de Mahoma; desde el Dios legislador *Jehová* de Moisés hasta el Dios *Verbo*, buscado al través de la noche por los pastores de Belen.

El árabe, misterioso como el silencio, meditativo como la noche, concentrado como la soledad y fanático de maravillas como la eterna evocación del secreto de los cielos, tiene más sentidos que nosotros para sentir á Dios en el desierto. Su vida es una adoración perpetua, que nada distrae de su Creador. La inmensidad es ante todas cosas un templo. No hay ateísmo frente á frente de esa naturaleza. Tomad un ateo del Occidente y arrojadlo por

algunos años en el Oriente; de allí saldrá curado de esa enfermedad del alma. El ateísmo no ha podido nacer sino á la sombra, en la reflexión y en el vértigo de las ciudades del Occidente. El sol mata el ateísmo.

El espacio que pertenece sin límite á la vista da también al árabe un sentimiento más alto y más libre de su dignidad. La multitud abruma y empuja á los hombres, la soledad los eleva y realza. Cualquiera que esté solo se siente grande porque no se mide sino por su grandeza natural y no por el imperceptible valor numérico que su ser representa en la incalculable muchedumbre de una ciudad populosa ó de una nación. Este sentimiento de su grandeza personal hace al hombre incapaz de envilecimiento, rebelde á la tiranía y nada apto para la servidumbre. Obedece á su religión, á la soberanía divina de la familia y á las costumbres, esas leyes del hábito, pero jamás á la fuerza sin derecho. Tiene su corcel para huir de ella, su arma para combatirla y el espacio para sepultar en él su libertad; sus faltas son las de los reyes, no las de los esclavos. Es generoso y compasivo; respeta al vencido, protege al niño y diviniza á la mujer; da asilo á todo el que lo implora, hasta á su enemigo. Trata á sus esclavos como hermanos adoptivos que le ha dado la Providencia, como una segunda familia inferior de que es tutor, nunca tirano. Tales son los principales caracteres del árabe errante de las tres Arabias, desde Abraham hasta nuestros días. Era necesario describirlos antes de contar la historia de *Antar*, el David moderno del desierto, historia y poema á la vez, en que el poeta, el amante y el héroe no son más que un mismo hombre, y se confunden para maravillarse á los árabes en los tres prestigios que ejercen más imperio sobre su imaginación: el heroísmo, el amor y la poesía.

X.

El nacimiento de *Antar* es tan romántico como su vida. Se cree leer una página de la historia á la vez natural y estraña de los patriarcas. He aquí:

Zobeir, jefe ó rey de la tribu de *Abs*, tribu numerosa y guerrera del *Yemen*, había venido en peregrinación á la *Meca*. Los árabes sedentarios y los árabes errantes antes de Mahoma venían ya á esta ciudad santa á adorar el primer templo, edificado por Abraham y divinizado por la tradición.

Zobeir se estableció con su tribu en las cercanías de la *Meca*. Joven, poderoso y reconocido por jefe por otras tribus menos numerosas que la suya, *Zobeir* buscaba una esposa entre las hijas de su raza. La fama de la maravillosa hermosura de una hija de un *chaique*

independiente llamado *Amrou* le inflamó en el deseo de poseerla. El nombre de esta virgen era *Themadour*.

Zobeir no se atrevía á pedirle á su padre *Amrou*, temeroso de una negativa fundada en antiguos odios de familia, y no pudiendo dominar este temor, acude á la astucia. Invita á *Amrou* á una fiesta bajo sus tiendas, y mientras confiado éste se entrega á las dulzuras y á los honores de la hospitalidad, *Zobeir* da orden secreta á un puñado de guerreros de una tribu vecina para que vayan á atacar aquella noche las tiendas de *Amrou*, dispersar los ganados y espantar á su familia indefensa; pero al mismo tiempo les prohíbe que causen el menor ultraje á la mujer y á la hija de *Amrou*.

Ejecutase este mandato, tal como fué dado por *Zobeir*. Los ginetes apostados se lanzan sobre las tiendas de *Amrou*, hacen huir á sus esclavos, se apoderan de sus rebaños y los arrojan delante de ellos hasta encerrarlos en una garganta de las montañas.

Llega á oídos de *Zobeir* el rumor de este atentado; disimula su alegría, se lanza á la cabeza de sus más bravos ginetes en el desierto, como para volar al socorro de las tiendas de su huésped. Llega el primero al umbral de la tienda de *Amrou*. Este avisado más tarde, le sigue de lejos. La bella *Themadour*, su hija, estaba toda desolada á la puerta de la tienda, mirando los ganados dispersos de su padre y levantando los brazos al cielo para implorar socorro ó venganza. «Sus megillas, dice el poeta *Antar*, estaban coloradas como la amapola, su cabellera negra y espesa como las tinieblas de la noche; las lágrimas que oscilaban sin correr sobre sus párpados aumentaban el esplendor de sus ojos.»

Deslumbrado *Zobeir* manda á un anciano de su comitiva que eche respetuosamente un velo sobre la doncella; vuelve á partir con sus ginetes en persecución de los falsos ladrones y trae triunfante los mil camellos de *Amrou* y sus esclavos libres á las tiendas de su amigo.

XI.

Durante este simulacro de combate y de libertad, el mismo *Amrou* había acudido al socorro de su familia y de su tribu: es testigo del celo y de la generosidad de *Zobeir*; le ruega que acepte á su vez la hospitalidad en la tribu que ha salvado su brazo. «*Zobeir*, esclama *Amrou* en medio del festín con que quiso obsequiar al libertador de su hija, si mi corazón no puede manifestar su agradecimiento, va á romperse. Yo no tengo otra cosa de más valor que ofrecerte que mi hija *Themadour*; te la doy por tu esclava!—La acepto, no como esclava, contestó *Zobeir*, sino como esposa.» A es-

tas palabras, las doncellas de la tribu traen á *Themadour* cubierta con un velo á la presencia de *Zobeir*, y quitándole en seguida el velo, dejan brillar su rara hermosura á los ojos de su esposo.

Zobeir se llevó su conquista á su tribu y se embriagó con su felicidad.

XII.

Themadour, sin embargo, aunque feliz por el amor que inspiraba á *Zobeir* y que ella misma sentía por él, sufría en su orgullo por haber sido conquistada como esclava, y no pagada con ricos presentes á su padre como hija libre, según las costumbres de los árabes.

El imprudente *Zobeir*, envanecido con el triunfo de su subterfugio, lo había confesado en el delirio de su amor á su esposa. Entonces *Themadour* se juró á sí misma castigar la astucia con otra astucia y obligar á *Zobeir* á pagar á su padre el precio de la dote.

Una noche en que reconvenía familiarmente á su marido la ficción que había empleado para conquistarla sin rescate, *Zobeir* se enfadó con ella y levantándose bruscamente de su cama, le dijo que era muy atrevida en censurar tan obstinadamente á su esposo y señor.

—«Pues bien, respondió *Themadour* sonriendo, sabed que vuestra astucia ha sido burlada por otra astucia más habil. Yo no soy esa *Themadour*, cuyos encantos habeis codiciado; no soy más que su hermana y su sombra. La maravillosa beldad á la cual me han sustituido para satisfaceros, descansa al abrigo de vuestros deseos y de vuestras armas bajo la tienda de mi padre *Amrou*.»

Zobeir, al escuchar estas palabras, se turbó y duda todavía.

—«Si no me creéis, añade *Themadour*, ensiad á casa de mi madre una mujer de edad que lleve un mensaje cualquiera. Entrará sin obstáculo en lo interior reservado á las mujeres, y el velo de mi hermana caerá delante de ella.»

—«No, dijo *Zobeir*, haré más que eso; iré yo mismo; me pondré el vestido de un mercader de aromas, y con mi caja de perfumes en la mano, seré admitido en la tienda y veré el rostro de vuestra hermana.»

Inmediatamente después de esta conversación, *Zobeir* mandando á sus esclavos que tuviesen cerrada su tienda durante tres días para que no fuese sospechada su ausencia, se vistió de mercader ambulante, cogió bajo su brazo una caja de perfumes, y descalzo, y cubierto al cuerpo un tosco cinturón de cuero, se salió, sin ser visto, de su tienda antes de rayar el día, y tomó el camino del campo de *Amrou*.

Apenas había marchado con este disfraz,

uando *Themadour*, ocultándose á su vez bajo el traje de guerrero á los ojos de los esclavos dormidos, salió de la tienda, desató las piernas del caballo mas corredor de su marido y huyendo á rienda suelta hacia el campo de su padre *Amrou*, adelantó sin ser conocida al falso mercader de perfumes y llegó antes que él á la tienda de su madre.

Themadour se apresuró á revelar á su padre y sus hermanos el plan que habia concebido para vengar el honor de la familia. Los colocó en emboscada á la sombra de un bosque de palmeras inmediato al campo, y les dijo que acudiesen á su voz á sorprender á *Zobeir* desarmado dentro de la tienda, y lo atasen al pilar de enmedio y no le diesen libertad hasta que hubiese jurado pagar á su padre *Amrou* el precio de su hija.

XIII.

Despojándose entonces de su traje de hombre, *Themadour* se cubrió con el velo de las vírgenes y esperó la llegada del falso mercader. Entrad, vendedor de perfumes, le gritó la madre tan pronto como le percibió rondando como una zorra alrededor de las tiendas, presentareis vuestros aromas á mi hija *Themadour*, aficionada á los perfumes del Yemen.

Al oír *Zobeir* el nombre de *Themadour* creyó haber sido efectivamente engañado por *Amrou*.

—¿Con que teneis otra hija? preguntó á la madre.

—Si, dijo ella, teníamos otra llamada *Klida*, mucho menos bella que *Themadour*. Cambiamos su nombre y se la dimos con el de *Themadour* á *Zobeir* para vengarnos de la injuria que hacia á nuestra casa aceptando de nosotros una esposa sin darnos su valor, y nos hemos quedado con la verdadera *Themadour*, maravilla de todas las tribus, para darla en mas subido precio á un guerrero del Yemen.

XIV.

Al oír esta confesion no pudo menos de sonrojarse y llenarse de indignacion el burlado *Zobeir*, y olvidando su papel de mercader se disponia á arrebatarse por la fuerza la belleza que le habian ocultado, cuando *Amrou*, sus hijos y hermanos, precipitándose del bosque de palmeras hacia su campo, se arrojan como leones sobre *Zobeir*, le atan las manos y los pies y lo sujetan, aunque sin lastimarle, sobre la alfombra de la tienda.

Vengada ya su esposa *Themadour* deja en-

tonces caer á sus pies su velo, se sonrie con orgullo mezclado de ternura á *Zobeir* encadenado y se jacta de haberle vencido en fingimiento. Hamillado *Zobeir*, pero contento al mismo tiempo, de no haber sido vencido sino por su muger, convino en dar á su suegro *Amrou* mil camellos, veinte caballos nobles que llevaban en el cuello la genealogía de su raza, cincuenta esclavos varones y cincuenta doncellas para servir á su muger. A este precio recobró su libertad y fué conducido nuevamente por la familia de *Amrou* á sus tiendas.

Seis hijos fuertes como leones y una hija, hermosa como su madre, nacieron de aquella union. Estos hijos llegaron á ser gefes de la tribu de *Abs*, de que *Antar* fué el héroe

XV.

Schedad, uno de los hijos de esta tribu, que se llamaba mas comunmente el amo de *Siwet*, del nombre de una yegua célebre que poseia, vino un dia con diez ginetes tan atrevidos y bien montados como él, á robar esclavos y ganados á los árabes de *Cathan*; pero hallaron á la tribu tan numerosa que no se atrevieron á atacarla de dia, y esperaron la noche, separándose en el desierto para dejar pacer á sus caballos.

Una esclava negra, de incomparable belleza guardaba en compañía de dos niños los camellos de la tribu de *Cathan*. Los compañeros de *Schedad* se apresuran á embriar sus caballos, echan delante á los camellos y se apoderan de los dos niños y de la hermosa esclava negra.

Al ruido de este rapto mil ginetes salen de las tiendas de *Cathan* en persecucion de los ladrones.

Schedad, sin asustarse del número de los ginetes, hace entrar á sus compañeros, el ganado, la esclava negra y los niños en una garganta estrecha. El mismo se coloca á la entrada del desfiladero con cuatro de sus guerreros; defiende hasta la noche el paso y cubre á sus pies la tierra de heridos y muertos.

Durante esta lucha sus compañeros conducen con seguridad el fruto de su rapiña á la orilla del mar, donde se les incorpora *Schedad*, y desdeña su parte del botin conquistado por su brazo; pero encantado de la belleza de la esclava negra, la pide por única recompensa á sus guerreros.

La pasion de los árabes por las doncellas negras de la Abisinia, cuyas facciones tienen la pureza de las estatuas griegas, es celebrada por todos los poetas del Oriente. «El ámbar negro, dicen sus versos, es el que embriaga mas con su perfume.»

Esta hermosa esclava, madre ya de los dos

niños arrebatados con ella, se llamaba *Zebédéha*. *Schedad* la condujo á su tienda, la amó con constancia y tuvo de ella un hijo.

Este hijo del guerrero *Schedad* y de la esclava negra *Zebédéha* fué *Antar*.

XVI.

El vigor y la inteligencia precoces del joven negro llamaron desde sus primeros años la atencion de los compañeros de guerra de *Schedad*; reivindicaron la posesion del niño, nacido, decian, de una muger esclava que consintieron en ceder á *Schedad*, pero á cuyos frutos no fué nunca su ánimo renunciar.

Schedad rehusó entregar su sangre á la servidumbre, y la causa fué sometida al mismo *Zobeir*: «Que traigan al niño, dice *Zobeir*, á fin de que juzgue por mis propios ojos del objeto de la disputa.»

Schedad sale al oír estas palabras y vuelve conduciendo de la mano á su hijo.

En el momento de entrar el niño en la tienda, un perro monstruoso, que acababa de arrebatarse una gacela de la tienda del gefe, salia llevando su presa en la boca. Nadie se atrevia á arrancársela de entre los dientes. El niño sin esperar orden alguna, se escapa de la mano de su padre, lánzase sobre el perro, le mete el puño en la garganta, le hace soltar la presa y cogiendo en cada mano una de las mandíbulas del animal, tira de ellas con tanta fuerza que las desgarran y disloca hasta el cuello. El perro espira á los pies del niño. «Concibo, dice *Zobeir*, que se disputen la posesion de semejante rapaz; pero pertenece á *Schedad* según la ley. ¿Por ventura no dice: el que ha sembrado el suelo debe cosecharlo; el que ha plantado el árbol, debe comer el fruto?»

Schedad se lleva á su hijo y lo devuelve á *Zebédéha*, su madre.

El niño, participando de su doble origen, hijo de un gefe libre y de una esclava preferida, fué tratado por su padre unas veces como siervo y otras como hijo. Guardaba los ganados en la soledad; pero se ejercitaba en perseguir y atacar á las fieras. Una tarde, al volver á la tienda, arrojó su saco manchado de sangre á los pies de su madre *Zebédéha*. Esta lo abrió y tembló de horror al encontrar dentro la cabeza de un leon que habia sido muerto y descuartizado por *Antar*.

Tan generoso, como intrépido, mató un dia de un solo golpe descargado por su brazo de hierro al mayoral de los ganados de *Zobeir* que disputaba brutalmente el pozo á una vieja, cuyas cabras se morian de sed.

A este golpe, todos los pastores esclavos de *Zobeir*, se arrojan sobre *Antar* para vengar á su gefe. *Antar* recogiendo de la arena un palo nu-

doso se defiende solo contra todos y caen muertos á sus pies gran número de sus agresores.

Al ruido de la lucha, el joven *Melik*, hijo de *Zobeir* que cazaba en el llano, corre al galope hacia el pozo: ve á *Antar* acometido por mil brazos; contempla los prodigios de intrepidez y de fuerza del joven negro; movido de piedad y lleno de admiracion vuela al socorro de *Antar*, le jura eterna amistad; separa á los esclavos, cubre á *Antar* con su sable; le hace marchar al lado de su caballo, le protege contra la cólera de su amo, consigue su perdon y lo acompaña hasta la tienda de *Schedad*.

Las mugeres é hijas de la familia de *Schedad* se precipitan fuera de las cortinas para contemplar el triunfo del joven esclavo negro, prodigio de los hombres, vengador de los débiles y protector de las mugeres.

XVII.

En medio de ellas *Antar* no veia mas que: *Abla*, idolo de su alma; *Abla*, la mas bella de las vírgenes de la tribu de *Abs*, era hija de *Malek*, hermano de *Schedad*, y prima por consiguiente de *Antar*. Gracias á este parentesco de las dos familias y á la union que existia entre las dos tiendas de *Schedad* y de *Malek*, habian vivido *Antar* y *Abla* desde su mas tierna infancia en esa familiaridad que las costumbres árabes permiten entre los hijos de una misma sangre. Desde su infancia tambien el amor que debia ser la desgracia, la gloria y la felicidad de *Antar*, parecia haber nacido y crecido con ellos. Todavía no se confesaban el uno al otro este amor precoz, pero respiraba en todos sus pensamientos.

Antar comenzaba á cantar en versos árabes guardando los camellos de su padre *Schedad* en la soledad, y el asunto habitual de sus versos era su prima *Abla*. Todas las imágenes poéticas del desierto, el dia, la noche, el sol, las estrellas, la sombra, el rocío, las palmeras y los ojos de la gacela, eran tomadas por el poeta pastor de aquella naturaleza para evocar y animar á los ojos de su alma la imagen de *Abla*, y la impresion que le causaban su presencia, su voz, ó solamente su recuerdo.

Pero, aunque estos primeros versos de *Antar*, conservados en la memoria de los jóvenes árabes, sus compañeros, y repetidos por las doncellas bajo todas las tiendas, hacian ya su nombre célebre entre todos los hijos de *Abs*, un acento de melancolia y desaliento entrístaba siempre al fin estos cantos. Nacido de una madre esclava y negra y esclavo él mismo, aunque querido como hijo legitimo por su padre, *Antar* no desconocia que su amor á *Abla* era á los ojos de los árabes, una especie de sacrilegio, y que *Malek*, padre de *Abla*, no con-

cedería jamás su hija, sino á esperas de prodigios, á quien estaba marcado con el color de la servidumbre. Esta pasión por Abla fué la que le inspiró desde niño la idea ó el sueño de intentar prodigios de heroísmo capaces de vencer el destino y conquistar la mano de aquella cuyo corazón tenía conquistado.

«Me precipitaré en el polvo de la pelea, me elevaré á la cumbre de la gloria, ó caeré bajo la flecha de los enemigos de tu padre, ¡oh Abla! Entonces llorarás sobre mi cuerpo tendido á tus pies y cubierto de heridas, ó bien tu padre te concederá en recompensa á mi mano libertadora.»

XVIII.

Los tíos de Abla, humillados é irritados de que un vil esclavo negro se atreviese á poner los ojos en ella, tienden mil lazos al adolescente para hacerle sucumbir, tan pronto contra los guerreros, como contra las fieras del desierto: pero su fuerza y su valor burlan siempre todas las emboscadas que le armaban.

Un día, habiéndole enviado sus tíos, sin armas, á buscar sus camellos á orillas del mar, en un circuito de rocas, guarida de un león monstruoso, que debía desembarazarlos de aquel hijo importuno de su hermano, hallan por la mañana al negro acostado y dormido sobre el cadáver del león que él mismo había degollado.

La admiración y el respeto que les infundían la talla colosal y la fuerza extraordinaria de su sobrino desvanecen el odio de que se sentían animados. Se cree leer á cada instante la historia de José odiado y perseguido por sus hermanos.

Durante la ausencia de todos los guerreros de la tribu de Abs, que marcharon á una expedición lejana, se confió solamente á la custodia de Antar las mugeres, los niños, los ancianos, los ganados, los tesoros y las tiendas. Los guerreros de la tribu de Cathan aprovecharon esta ausencia para sorprender las tiendas de Abs.

Antar, que vigilaba alejado del campo sobre la cumbre de una colina, ve lanzarse una nube de gente á caballo sobre la morada de Abla. Uno de los ginetes ata á la jóven á la grupa de su caballo y huye con su presa. Antar vuéla mas rápido que los corceles de Cathan tras sus huellas, mata al raptor, desata á Abla, la deposita sobre el suelo ensangrentado, monta el corcel del guerrero que ha matado, persigue á los ladrones, los alcanza unos tras otros y cubre con sus cadáveres la arena del desierto: vuelve vencedor y vengado á entregar la persona de su querida Abla á su madre y á gozar de los placeres y bendiciones de toda la tribu.

Cantor el mismo de sus propias hazañas,

se jacta con el natural orgullo del árabe de la incomparable fuerza de su brazo: «Héme aquí en mi elemento, esclama apostrofando á sus enemigos tendidos á sus pies: sán- gre es lo que respiro; mi fuerza es célebre; mi sable corta como el fuego del rayo, ningún guerrero puede evitarlo; el arco y el sable han sido los juguetes de mi cuna. Yo apagaré mi sed con el vizio, vino tan viejo como el mundo! Oiré la voz que prefiero al ruido del hierro contra el hierro en la pelea, cuando los guerreros se entrechocan y caen vaciando la copa de la muerte,—la voz de Abla! ¡Abla! ¡Abla! tú eres el único sueño de mi corazón y yo no busco la fama sino para no ser despreciado un día por ti. Soy negro, si; pero destruiré la envidia, estoy seguro de ello; aniquilaré cuanto se me oponga y resisto. Yo peleo por Abla; soy su esclavo.»

Después de haber cantado así su triunfo y puesto en seguridad á todas las mugeres y niños bajo las tiendas, el negro se lanza de nuevo sobre un caballo conquistado en persecución de los enemigos y trae al campo de Schedad todos los corceles de los que había derribado sin vida al suelo.

Por consideración á las mugeres, especialmente á Seméha, esposa legítima de Schedad, convinieron en ocultar esta incursión de los enemigos en el campo; pero Schedad á su regreso habiendo ido á visitar los ganados, se admiró de ver magníficos caballos de guerra paciendo con los suyos bajo la guarda de Antar: «¡Desdichado! dice á su hijo, ¿con que solo para robar caballos escogidos á nuestros hermanos del desierto, te alejas de nuestro campo y te refugias como un bandido en las gargantas y entre las rocas inaccesibles? No hay que esperar nada bueno de ti: el robo y el asesinato están en la sangre. Mancharás el nombre de la raza que ha dado asilo á tu madre!»

Hablando así Schedad castigó largo rato á su hijo inocente con el mango del látigo que tenía en la mano, y atándolo con cuerdas al tronco de un sicomoro, iba á abandonarlo á los animales de la noche; pero en cuanto su muger Seméha vió desde lejos levantado el brazo de su marido y oyó los gemidos de Antar bajo el látigo de su padre, corrió deshecha en lágrimas, cubrió á Antar con su cuerpo y reveló á su marido la incursión de los guerreros de Cathan y las hazañas del jóven negro castigado por su virtud.

Schedad desató á su hijo, lloró de alegría y de orgullo al escuchar la relación de sus proezas y le condujo á la presencia del rey Zobeir, que le admitió en el rango de sus guerreros.

Desde aquel día, Antar cesó de formar parte de los esclavos de Schedad, su padre, y se distinguió en las guerras de Zobeir contra las demas tribus del Yemen.

Al volver de los combates Zobeir le hacía sentar á sus festines. Antar, semejante á Aquiles, descansando con su lira, cantaba á la me-

sa del rey las victorias de su tribu y sus propias victorias, sin dejar de mezclar siempre el nombre de Abla con sus cantos de guerra y de amor, no pudiendo á la gloria sino que le elevase bastante alto en la estimación de los árabes para merecer, con la mano de Abla, el único premio de su valor y de su genio.

Muchos cantos del poema de Antar están dedicados á la narración de los prodigios de su brazo durante esos años de prueba en que Schedad y su hermano Malek le niegan el don de su amada. En una condición siempre indecisa entre la esclavitud y la libertad, salva en vano muchas veces el honor de la tribu y la vida de Abla, porque el orgullo árabe se subleva á la idea de consentir en la unión de una hija libre y de un esclavo negro. Sus versos en aquella época son gemidos lastimeros y algunas veces terribles sobre su destino.

XIX.

Colmado de honores y de afecto por el rey Zobeir, Antar no podía obtener el único precio que ambicionaba, el título de hijo reconocido y legítimo de su padre Schedad.

«¡Vil bastardo, respondió Schedad, te atreves á aspirar al rango de mis demas hijos, tú, hijo de una esclava; tú que llevas la vergüenza de tu nacimiento escrita sobre tu piel!»

Antar, desesperado al oír estas rudas palabras, bajó la cabeza y penetrando solo en el desierto y abandonando las tiendas de su caballo, deplora así su infortunio:

«En vano luché contra mi desgracia. He servido á los hombres. He creído que mis padres serian mis protectores, y se han vuelto peores que las serpientes debajo de mis pies. ¡En el campo de batalla igualo á los hijos de los reyes, dicen; pero en la paz no soy para ellos mas que el hijo de Zebédéha, la esclava negra! ¡Ay! ¡sin el amor que me consume soportaría yo semejantes ultrajes? ¡Oh Abla, consuélame y sosténgame tu imagen. Si tu morada estuviese en el cielo, mañana invadiría mi mano las estrellas para merecerte y conquistarte.»

XX.

Un día, después de una larga marcha por el desierto, Antar, á quien se unieron algunos ginetes de Zobeir, ataca á la tribu de Cathan, enemiga de la de Abs; inmola sus guerreros, derriba sus tiendas, echa delante de sí á los esclavos y ganados, rico despojo que va á igualar su fortuna á la de los mas opulentos de los árabes

pastores; pero el instinto del héroe se sobrepone en él de repente al amor y al orgullo de las riquezas. Cambia todos estos despojos por un caballo persa famoso en el desierto bajo el nombre de *Abjer*. En vano sus compañeros le reconviene el que les prive de su parte de botín por un corcel que debe pertenecerles tanto como á él. Antar, despreciando sus murmuraciones, aprieta los ijares de *Abjer* y los reta á todos juntos al combate. Su estatura magestuosa, el aplomo de sus miembros y los músculos de sus brazos parecidos al mango de una clava, los hacen reflexionar y temblar; le ceden sin pelear la posesión de *Abjer*, ya asociado en la historia á todos los peligros y á todos los triunfos de su ginete.

La cólera de su padre no resiste á esta nueva prueba del valor de su hijo y no se hartaba de mirarle y hablar de él á sus hermanos.

«Oh, hermano mio, dijo un día Schedad á Malek, padre de Abla; nuestros enemigos odian á mi hijo porque no tienen otro igual. No, por el Dios de Moisés y de Abraham, no hay en Oriente ni en Occidente un guerrero comparable á mi hijo Antar, cuando está á caballo sobre *Abjer*.»

Y hablando así besó Schedad á Antar en los ojos.

«Si me amas, añadió mirando á su hermano Malek, ama tambien á mi hijo Antar.»

«Hermano, respondió astutamente Malek, padre de Abla, pero enemigo de Antar, porque temia sus pretensiones acerca de su hija, hermano, eso es verdad; tú eres la columna de nuestras tiendas y Antar es nuestra espada.»

Sirvieron un festín en la tienda de Malek, al que asistieron Abla y sus hermanos. Antar gozaba el perdón de su padre, los elogios de su tío, la amistad de sus primos y el amor de Abla, testigo de su gloria. Habíase puesto la túnica de brocado de oro y el ropón de honor que le había dado el rey Zobeir en recompensa de sus servicios en los campos. No había un vestido igual en toda la tribu; por lo que admirándolo con envidia Amrou, hermano de Abla, hizo beber á Antar copa tras copa hasta conseguir que se despojara de túnica y ropón y los diera á su primo, creyendo por otra parte que de esta manera le haria mas propicio á su amor.

«Sobrino mio, dijo el padre de Abla dando gracias á Antar por el regalo hecho á su hijo, Abla es tu esclava, yo soy tu esclavo y mi hijo Amrou es el esclavo de tus anualias.»

El crédulo Antar, enagenado de gozo con estas palabras, se despojó de todas sus armas y de todos sus demas vestidos, hasta de su camisa, á escepción de su ancho calzon, y prosternado con el busto medio desnudo á los pies de su tío, besó sus rodillas suplicándole que aceptase todo lo que poseía en agradecimiento de la promesa que acababa de hacerle.

Antar se incorporó lleno de magestad. «Abla, dice el poeta, viendo así á Antar de pie derecho, desnudo y negro como un tronco de

«ébano y contemplando las cicatrices de los golpes de la lanza y de sable de que estaban surcados su busto y sus brazos, quedó llena de estupor y se echó á reír de alegría al contemplar la elevada estatura de su primo.»

Humillado Antar con la risa de su amada, reflexionó un momento y en seguida le respondió con estos versos improvisados:

«La blanca y delicada Abia se rie al ver mi color negro y la huella de las lanzadas que ha recibido mi cuerpo. No reirías, oh Abia, no te admirarías, cuando estoy cercado de enemigos, si vieras en su pecho mi lanza sólida sobre la cual corre la sangre como bordados de púrpura. Entonces soy el leon del desierto, y me maravillo de que á la hora del combate pueda mi enemigo ver mi rostro y sobrevivir á su espanto.»

Trajeron á Antar otros vestidos; se cubrió con ellos, y pasó así nueve dias en la tienda de su tío, comiendo, bebiendo y conversando con su amada

SEGUNDA PARTE.

I.

Al décimo dia le pregunto su tío Malek cuáles eran sus intenciones respecto á su hija, y que dote pensaba darle?

«¡Oh tío mio, respondió el jóven, lejos de mí la afrenta de poner precio á ese rostro de luz, á ese talle de palmera, á esa perla del océano, á esa virgen envuelta en su pudor! Decidme vos mismo lo que deseáis y no me pidáis sino una dote superior á lo que todos los reyes y guerreros de la Arabia y de la Persia no podrían darle.»

Malek le pidió mil camellas *acéfyf*, las mas raras y estimadas de los árabes. Antar se las prometió cargadas ademas con todas las riquezas de sus amos; en seguida marchó pensativo de la tienda de su tío para ir á cumplir su promesa y pagar el precio de Abia.

II.

Llegó por la tarde, acompañado solamente de su hermano Cheioub delante de una tienda solitaria de pelo de cabra negra al rededor de la cual andaban paciendo algunos camellos escudados. Un anciano salió de la tienda al ruido de los pasos de sus caballos; su cuerpo estaba

agobiado por el peso de los años; el tiempo y las miserias de la vida le habian descarnado.

«Este anciano, dice el poeta refiriendo este encuentro, marchaba sobre la espalda de la tierra, y su barba descendia hasta sus rodillas.»

«¿Porqué marchas así encorvado, le dije? — He perdido mi juventud sobre la tierra, me respondió levantando una mano hácia mí, y me bajo para buscarla!»

Antar se apeó del caballo á la puerta de la tienda. Su caballo Abjer iba cargado con la caza que habia matado en el camino. El viejo encendió lumbre, les preparó una comida, y comieron y bebieron hasta la noche. Habiendo preguntado el ermitaño al guerrero el objeto de su viaje, Antar le contó la promesa que habia hecho á su tío.

«¡Maldiga Dios á tu tío, respondió el anciano, porque ha urdido tu muerte exigiendo de tí semejante dote: esas camellas no se encuentran mas que en las tierras del rey Moundir, que se estienden entre la Arabia y la Persia, y cuyo poder temen igualmente los persas y los árabes. Tu te arrojas en un fuego, cuya llama no se extinguirá mas.»

«No hay fuerza y poder sino en Dios que lo sabe todo, replicó Antar consternado, aunque que perseverante en su designio. ¡Cómo! ¿Habré dicho sí á mi tío para decirle ahora no? exclamó; ¡oh! eso no será jamás, aunque tuviese que servir de pasto á las fieras!»

Y se durmió bajo la tienda del anciano y al dia siguiente al despuntar la aurora, tomó Antar el camino de Irak, provincia de la Persia, sometida al rey Moundir.

La descripción que hace en sus versos de la tierra de Irak revela en él al poeta descriptivo del mas rico pincel.

«Allí, dice, se ofrecieron á mis ojos casas numerosas y llenas como colmenas, vastos prados, parterres brillantes de flores, regados por fuentes y surtidores jugueteros, calabos árabes de variado pelo, brincando acá y allá en el llano como las olas del mar al viento de la mañana, regocijaban la comarca y hacian temblar las hojas de los árboles con sus relinchos; tiernos camellos con sus maldres, dromedarios rápidos como el polvo debajo del viento, esclavos, niños y doncellas negras de cabellos rizados. Abriase allí un valle, el mas risueño que los genios han embellecido jamás; el agua se desbordaba en él por todas partes, semejante á plata líquida; los perfumes de las yerbas esparcian el olor del musgo; millares de pájaros, tórtolas, mirlos, gorriones, palomas, tórtolas, perdices y codornices cantaban en los surcos ó exaltaban sobre las ramas el nombre de Dios; y los pavos reales desplegaban el brillo de su ropaje, como si el Creador los hubiese vestido con los mas radiantes colores y hubiese vertido sobre ellos el coral y el jacinto.»

Antar y Cheioub hicieron gran carnicería en aquellos esclavos fieles, y se llevaron el ganado al desierto.

IV.

Entretanto el hijo del rey Moundir, Homan, guerrero intrépido, avisado por los gritos de los pastores, junta mil ginetes y se arroja á la persecucion y á la venganza. Antar se vuelve y para al ruido del galope de sus caballos y «balanceándose orgullosamente sobre su caballo, dice el poema, con la sonrisa de la indignacion y del desafio en los labios, los espera como la tierra sedienta espera la primera lluvia.»

El grito terrible que lanza asusta á los ginetes y detiene á los caballos.

«¿Qué es eso? esclama Homan indignado reprendiendo á su gente por la turbacion que se habia apoderado de ella, ¿temblareis ante un miserable esclavo negro?»

Trábase un combate encarnizado que dura hasta la hora de las tinieblas. Antar, rendido de una lucha que se reproduce sin cesar, cubre inutilmente la tierra de cadáveres de hombres y caballos; su brazo se cansa; Abjer cede bajo el peso de su amo y se echa al suelo; levantándose en seguida y abriéndose paso por entre los enemigos, huye al desierto, dejando al ginete tendido sobre la sangre.

Cheioub, que contemplaba á cierta distancia aquella lucha, viendo caer á su hermano Antar, se lanza con toda la viveza de su corcel hácia el desierto, escapa de los que le persiguen y llega solo á la puerta de una caverna abierta en el flanco de una montaña.

Sobre la puerta de la caverna un jóven de tez morena y curtida miraba pacer sus carneros y sus cabras. Delante de él ardía un fuego escaso donde se asaba un pedazo de cabrito.

«¡Oh jóven, le grita Cheioub, protégeme, á tí me entrego, imploro tu hospitalidad. Mi muerte es inminente y los que han matado á mi hermano, van á alcanzarme.»

«Por el cielo, le responde el mancebo, yo te protegeré contra todos los que comen pan y beben agua. Entra en la caverna, antes me dejaré matar que entregarte.»

Apenas el pastor habia pronunciado este generoso juramento, cuando los ginetes del rey Moundir, persiguiendo á Cheioub y habiéndole visto de lejos refugiarse en la caverna, llegaron é intimaron al pastor que les entregase su huésped, pues las costumbres del pais prohibian matarlo en el hogar de su protector.

«Hazle salir ó te matamos,» dijeron los ginetes al pastor.

«Nobles árabes, les respondió el pastor, no violeis la fe que he jurado á ese fugitivo; alejaos de la puerta de la caverna á cuarenta